
El físico

A Eugenia y Jorge, siempre

«Nada hay que pueda hacer más daño al saber humano que mezclar las ciencias, y lo que es de filosofía natural tratarlo en metafísica y lo que es de metafísica en filosofía natural.»

(HUARTE DE S. JUAN)

Tres pasos si el andar es natural, despreocupado; hasta seis cuando se torna cauto y reflexivo. Girando por todo el perímetro, en tanto se arrastran los dedos de la siniestra por las piedras llorosas, se pueden medir hasta nueve varas, a las que en justicia debieran sumarse las casi tres ocupadas por el lecho.

En la primera jornada siempre parecen ajenos nuestros males: tú eres un espectador más de tu desdicha. Únicamente tras la vigilia que sigue al sueño, si es que tal nombre puede darse al que en el anciano es imagen de la muerte, tan sólo tras ese sueño, digo, comprendes que el infortunio ha caído sobre tus cansadas espaldas. Inquieto, perdido del todo el sosiego, recorres una vez y otra el húmido y angostísimo habitáculo que fortuna ha dispuesto te sirva de morada. Aún tienes alguna esperanza, por menudilla que sea, de salvación, puesto que diriges los ojos al pasillo tenebroso, en pos de los cuales van el deseo y el ánimo toda. En esto y en levantarte y acostarte, en tumbarte y erguirte del mísero jergoncillo para reiniciar tus malandados pasos, ocupas las horas del que crees segundo día. Apenas pruebas bocado y si, con harta frecuencia, te echas el jarrillo a pechos, más es por sentir pasar los minutos que porque el organismo lo demande. Minutos, horas, tiempo... y qué bueras suenan estas voces en la penumbra de los hachones y en el aire empapado y ruin de estos muros.

Por hacer alguna cosa, por sentirme aún con vida, grito. Mi voz cascada, como de anciano que es, piérdese hacia los confines donde habita la vida. Porfío en mis alaridos, luchando con los falsetes, y, al fin, emerge el carcelero de las sombras, abre el cancel de hierros y me apremia con razones destempladas: qué se me ofrece, acaso estoy indispuerto, es que deseo hacer una declaración... Por no enfadarle, le suplico me diga cuál sea el día de hoy o, al menos, si es de mañana o se ha puesto ya el sol.

Rudo y sanguíneo es el mazmorrero, y si no me zarandea de malas maneras, cual a un gozquecillo impertinente, débese, sin duda, al respeto que le inspiran mis canas y a cuantas palabras amables le dirigiera yo cuando, en tiempos menos oprobiosos, visité estas zaduras como hombre libre. El pobre diablo, bellaco al fin, límitase a contestarme de malos modos que los relojes no funcionan a la sombra, e incluso osa amenazarme, si vuelvo a escandalizar, con los grilletes, la mordaza y el pie de amigo.

Vuelvo a recorrer mil y una vez mi cubil: a pies enjutos, a pasos quedos, en diagonal,

sorteando una baldosa sí y otra no... Este mísero anciano debe componer una imagen grotesca jugando en la penumbra, como un chicuelo, a la rayuela. Con la ropilla larga y severa, tiritando bajo el ferreruelo y tocado con el sombrero de tafetán, debo hacer un lindo papel de bufón loco, o de león enjaulado y decrepito cuyos rugidos se escapan por sus encías desdentadas. Que el hombre pueda caer tan bajo para no respetar siquiera su propia barba encanecida.

Me detengo en los sillares de las paredes, que rezuman agua cual un hígado opilado; los araño con mis largas uñas hasta que se quiebra la del meñique. Como, según dicen, no existe mal que por bien no venga, mis borrajeos y consecuente quebradura me han dado una idea: mañana solicitaré del guardia recado de escribir y de esta manera ocuparé mis largos ocios. Otrosí que la soledad no me resultará tan ingrata. Más animado por estos propósitos, estiro mis huesos y los pellejos que los cubren en este humilde pesebre.

Lo peor de la senectud es que se duerme muy poco. Más bien se diría que velamos de continuo, incluso cuando creemos reposar. Tal vez sea que intentamos aferrarnos a una vida que por todos los poros se nos escapa, alertas siempre porque la muerte no nos sorprenda en el letargo, empeñados en mantener un fuego helado, para qué, Dios mío, para qué. ¿No sería, acaso, mucho más comfortable que, perdidos los sentidos, nuestra alma se fuese ensoñeciendo y sólo recobráramos el dominio de nuestras potencias cuando nuestros órganos volvieren a ser lozanos o libres de todo achaque? Si es que tal quimera se da alguna vez, y la muerte no es un viaje sin retorno. Mas ellos, los teólogos y los filósofos, se entiendan en tan sutiles cuestiones, que a este atribulado anciano sólo le ha sido dado aliviar un tantico el dolor de los vivos y ahora... ahora pensar en su propio final. Si afirmara que no temo a la muerte, mentiría como un vulgar bellaco. Temo a la muerte, mas es el dolor lo que me aterroriza. Será por haber contemplado de cerca tan grandes aflicciones, tanta copia de hombres aferrándose a mis manos con la desesperación y el sufrimiento del transido, vueltos el rostro y la voz, demandándome imperiosamente un remedio para morir, ya que no había sido capaz de prescribírselo para preservar la salud.

Suena la paja desigualmente repartida en el petate, al unísono con el quejido de mis articulaciones, con las vueltas y revueltas del insomnio; de súbito, me acometen unas cámaras tan fuertes que apenas si me dan lugar a llegar hasta el orinal. Tanto me inquieta el terrible hedor que despiden como la fluidez de los humores. Todavía sentado en el bacín y preso de los accesos, me tomo los pulsos: tan flacos y despaciosos son que harto me cuesta sentirlos bajo el pulgar. Temo que tal vez me vea acometido de una opilación en el bazo o en el hígado; o quizá todo se deba exclusivamente al aire vicioso y a la fatiga de mis nervios. Intento escapar a los calofríos regresando al jergón, doblo en dos mitades el ferreruelo y en él me refugio. Ya sólo puedo estar con el rostro vuelto hacia la pared, pues si vuelvo la cara, la pestilencia emanante del don Pedro me produce unas vivas ansias en el estómago, cual si los peces que parecen nadar en mis tripas amenazaran con salir por la boca, mezclados con las aguas pútridas donde se albergan.

Ignoro lo que me lleva a pensar en las estrellas. Lo cierto y verdad es que, si entorno los ojos, las veo rutilantes sobre la pared, brillando como ascuas juguetonas junto a la trampilla del techo por donde llega un soplo de aire y de luz mortecina a este mísero aposento. Escucho, asimismo, la voz grave y reposada de padre, que viene desde muy lejos,

quizá desde las mismas constelaciones, y que me va explicando: allá la cola del dragón; más a tu diestra, las cuatro ruedas del carro; aquel de la espada rutilante, al oriente de Andrómeda, es Perseo, el hijo de Dánae y Zeus, quien conduce a los marinos por los caminos del Norte en pugna con Septentrión...

Me ha despertado el carcelero con un plato de olla donde flotan algunas lonjas de tocino y casi media libra de carnero. Como sus ojillos me observen con maliciosa cazurrería, me veo obligado a embocarme dos de los trozos de tocino, por más que el estómago se negara a recibirlos, y yo necesite simular las fortísimas bascas que me produce cualquier alimento, máxime los copiosos en grasas frías. Muéstrase un tanto desilusionado el muy bellaco al verme engullir las adiposis del cerdo y, en el momento en que va a retirarse, saco de la bolsa cuatro ducados y requiero su presencia con ademán paternal. Presto y servil acude el bigardo, preguntándose, sin duda, lo que ha de hacer para merecer tan opíparo aguinaldo. Pausadamente voy colocando los escudos enbiestos sobre los ladrillos del suelo, pugnando con las leyes que rigen los equilibrios de las cosas, hasta que, con el auxilio de una grietilla, quédanse caballeros sobre los adobes. Explícole entonces mis modestas necesidades: un par de libras de manzanas y membrillos, pues mi organismo necesita de alimentos secos y esponjosos, absorbentes de los humores húmidos en exceso que de él se han apoderado; recado de escribir para solaz del espíritu en las largas horas de soledad; algunos cabos de vela, pues no son ya mis ojos tan mozos como yo deseara. Asiente con gestos el pícaro y, haciendo pinzas con los dedos en su nariz, recoge el oro del suelo. Que te entiendo, socarrón, que te entiendo. Vuelco algunos reales de vellón en el lecho de mi mano, los cuales reales él se apresura a guardar en la faldriquera como infantería más ligera que los escudos. Recoge el orinal con ambas manos y, sonriendo, vase.

Apenas y ha desaparecido mi zafio cerbero cuando me acometen unas ventosidades tan infeccionadas, que trocan el calabozo en un lugar más pestilente aún, si es que ello cabe, de cuanto ya lo era. Diríase que un genio maléfico ha trasladado el río a la calle de Santiago, situando mi morada en el centro de la misma. Siéntome más sosegado, empero, tras la expulsión de los gases que, sin duda, debían estar vagándome entre hígado y corazón, comprimiendo tan ruines aires uno y otro órgano salutífero. Paseo por el mísero habitáculo a la espera de mi lacayuelo; arreglo, en tanto, mi ropilla y compongo el jergón, esparciendo la lana por igual.

En estas y semejantes labores de aseo me sorprende el regreso de mi guarda, quien ha añadido al mandado un cuartillo de vino, por él ponderado como de san Martín, cera suficiente y una manta de lanilla a rayas. Es, en el fondo, un buen hombre. Más que los doblones, le debe haber apaciguado mi refertorio de tocino, que, en no tocando a materia de fe y costumbres, el vulgo suele mostrarse compasivo con las desgracias ajenas. A lo mejor piensa que a estos sótanos me han traído el fornicio o la bigamia, pecadillos disculpables en el hombre. Agradézcole sus atenciones, y examino con solicitud mi escribanía: bien cortada está la pluma, el papel es abundante y aún cuenta con tintero y salvadera en usos más que regulares. Es probable que todo ello proceda de un hurto o de una mohata a cualquiera de los secretarios del Santo Oficio. A mí nada se me importa el caso.

Satisfecho por sus servicios, me despojo de una gruesa cadena de oro que orlaba mi cuello y se la ofrezco al solícito sirviente; él recházala con muestras de asombro,

considerando que el galardón sea desproporcionado a los servicios prestados, o recelándose algo. Disipo sus temores y le razono con parsimonia: reflexiona, hijo, que a mí en nada me han de aprovechar ni el oro ni las galas mundanales. Aunque saliese con bien de estas mazmorras, la edad y el no haber sentado generación me impiden pensar en herencias. Una esposa dejó únicamente en este valle de lágrimas y a ella poco se le dará una cadena de más o de menos. Tómala sin recelos, y pues tú has sabido mostrarte caritativo con el menesteroso, siendo como eres de linaje humilde, no sería yo bien nacido si no me mostrase agradecido... Vaya, no se hable más y retírate, que a mi espíritu melancólico sólo la soledad es grata.

Ignoro cuántos, por más que fundadamente creo sean cuatro los días que estoy yaciendo en estas prisiones. Con la dieta han menguado bastante las fuertes cámaras que me venían acometiendo y que tanto me inquietaban, pues bien sé que en el anciano son la antesala de la muerte. Continúo sufriendo, empero, accesos regulares de gases innobles, si bien ellos se eliminan con un ventoseo ofensivo a mis narices únicamente.

Al cabo de dos o tres jornadas, por ende, vendrá el fiscal, acompañado del Secretario, a exhortarme a decir verdad y a que le abra mi alma. ¡Ojalá y pudiera hacerlo, pues conocería qué pecados me han conducido hasta esta celda tenebrosa! A otras dos amonestaciones, cada vez más severas, seguirá el tormento..., y mis huesos son demasiado frágiles para resistirlo. La afrenta, el oprobio, hasta la misma muerte es dulce si se piensa en la carne lacerada por las vueltas y vueltas de mancuerda y garrotes en los molledos; en la asfixia del agua cuando los pulmones requieren aire límpido. Demasiadas veces lo he presenciado para que mis ralos cabellos no se ericen con la imagen del sufrimiento.

Es el miedo al dolor el que me ha decidido a ocupar los días venideros en fundamentar mi propia acusación. Convertido en fiscal de mí mismo, necesito hallar una razón convincente para mis jueces. ¡Que Dios ilumine mi entendimiento y disipe las tinieblas en que me encuentro sumido!

Repasando, pues, todas las posibles causas, sin desdeñar ninguna por fútil que se me antoje, toparé con la verdadera y podré hurtar mi cuerpo al dolor, ya que no a la muerte.

Hipótesis primera

¡Cuán ingrato y ajeno a la ciencia que profeso se me antoja este camino! No acostumbra, por cierto, procederse por eliminación de órganos sanos hasta descubrir el infeccionado y, sin embargo, yo necesito, en el hilo de mis suspicacias, comenzar por quienes más queridos me resultan: he de partir, si quiero burlar el martirio, de mi esposa adorada. ¿Qué egoísmo podría haber movido a la hermosa Julia a denunciarme? ¿En qué fundaría su acusación?

No el móvil de los bienes materiales, sin duda, pues ella no desconocería que todos me habrían de ser confiscados. ¿El amor, la pasión? Más verosímil resulta. Al cabo, aún es moza y lozana y poco calor puede ya recibir de este viejo cuerpo, más generoso en bilis y flemas que en licor seminal. No te culparé, Julia, si es que ciertamente has sido tú la causante de mis desdichas, y si es Amor quien te ha impelido a amortajar con alguna prisa a este pobre anciano. Que ante tan gran descargo, cualquiera culpa debe quedar exonerada. Dichoso he sido durante diez años a tu lado cual nunca imaginé que